

cia y Estrabon; y si, por otra parte, se considera que los pitagóricos pasaban por los institutores de los bardos y druidas célticos, se creará tal vez que las justas poéticas de los bardos bretones eran la sombra de ciertas iniciaciones religiosas de antiguos tiempos.

Desde el siglo VI se empieza á hablar de los Eisteddfods: en 540 se celebró una asamblea de este género en Conway bajo el patronato del príncipe Maelgwyn, que impuso, según se dice, á los competidores la estraña condicion de atravesar á nado el rio, cuya anchura es en aquel sitio de cerca de una milla. Inutilizáronse todas las arpas; pero los bardos que sabian sus composiciones de memoria, alcanzaron, sin embargo, todas las recompensas. Griffith ap Cynan, príncipe del Gales del norte, fue uno de los mas activos protectores de los Eisteddfods, y aun se conservan sus leyes relativas al bardismo y á la música. Las crueles ejecuciones decretadas por Eduardo I no pudieron concluir con los bardos; y sus sucesores toleraron los restos de la institucion bárdica. En 1400, cuando Owen Glendower levantó el estandarte nacional contra el rey de Inglaterra, Enrique IV, los bardos, poseidos de un nuevo entusiasmo, escitaron al pueblo á la resistencia. La derrota de Owen fue un golpe terrible para ellos, pues se vieron duramente perseguidos, y Enrique IV prohibió sus asambleas, que no pudieron volver á celebrar hasta el reinado de Enrique V.

Enrique VIII y la reina Isabel concedieron cartas patentes para celebrar Eisteddfods, y los hubo muy importantes en el siglo XVII; en 1796, la autoridad se mostró recelosa respecto de ellos, porque Iolo Morganwg desplegó la bandera tricolor, y sus simpatías hacia la Revolucion francesa disgustaban mucho á William Pitt. «El nombre de Bonaparte, dice Mr. Ampere, entró por algo en el espanto de los sheriffs; y así, por un caprichoso juego de la fortuna, el viejo bardismo galés desapareció ante la sombra de Napoleon.»

Desde aquella época, los Eisteddfods se renovaron con ardor, y se celebran todos los años en algunas ciudades galesas. Son muy populares, y estimulan poderosamente el arte de la composicion en prosa y verso, como tambien el estudio de la música. Inspiran además á los galeses de todas clases una viva nocion de la elevada categoría que merecen como pueblo. Por desgracia, las tradiciones se alteran; el color galés no es tan puro como en otro tiempo en esas asambleas, y el elemento inglés se introduce en ellas en escesivas proporciones. Mas de un orador encarece el estudio de la lengua inglesa, sin el cual, dicen, no puede llegarse á nada provechoso. Debo decir que en el Eisteddfod he oido mas *speeches* (discursos) en inglés que en lengua kymrica. Parece que se trata de convertir poco á poco esta institucion en una

especie de *meeting*, ó reunion anual en la que se concedan, sí, premios y recompensas, pero que propenda á no tener ya nada que sea esclusivamente galés.

El Eisteddfod, que se convoca con un año y un dia de anticipacion, según los ritos y usanzas de los bardos de la isla de Bretaña, debia durar cuatro dias, con infraccion de las antiguas tradiciones drúidicas, que en todas partes señalan tres. Abrióse el martes 26 de agosto en Carnarvon, la *Segontium* de los romanos, y antigua capital del Gales del norte en la época en que era gobernado por sus príncipes. Miles de personas habian acudido de las inmediaciones, y la ciudad estaba adornada con arcos de triunfo, engalanada con flores, y empavesada con banderas de toda clase.

La reunion debia celebrarse en el interior del castillo. El comité del Eisteddfod se reunió en las Casas consistoriales, donde se formó una procesion que, precedida de una música militar, se trasladó á la piedra del *gorsed*, en la plaza del castillo.

En el centro de un círculo de piedras (el círculo sagrado de las tradiciones) habíase levantado un *cromlech*, bastante caprichosamente colocado al pie de un farol. Los bardos entraron en el círculo y admitieron á su lado á los que llevaban condecoraciones azules, verdes y blancas, insignias características de los bardos, ovates y druidas. Dos sirvientes que habian desenvainado la espada de oro, la colocaron, en señal de paz y concordia, á los pies del bardo presidente, que encaramado en el *cromlech* y con la cabeza descubierta, abrió el *gorsed*, pronunciando la siguiente proclama:

«La verdad contra el mundo.

»En el año 1862, acercándose el sol al equinoccio de otoño, en la mañana del 26 de agosto, despues del exacto anuncio de un año y un dia, ábrese este *gorsed* cerca del real castillo de Carnarvon, en la provincia de Gwynedd, con llamamiento á todos los que quieran asistir á esta reunion, en la que no se desenvainará contra ellos ninguna arma, y donde serán juzgadas todas las obras poéticas sometidas á su fallo, á la faz del sol y ante el ojo de la luz.

«La verdad contra el mundo.»

Esta fórmula, conservada desde los tiempos mas antiguos, recuerda las épocas en que el estado de perpetua guerra del pais de Gales apenas permitia viajar sin una proteccion asegurada por parte del príncipe que reunia el Eisteddfod.

Antiguamente, los ritos bárdicos se cumplian vistiendo los trajes drúidicos, como se ha visto muchas veces en Abergavenny, donde hombres y mujeres marchaban en procesion ostentando muy holgadas túnicas blancas, y coronadas con guirnaldas de encina. En la actualidad, el traje negro ha reempla-

zado en todas partes aquellos pintorescos ropajes, y solo he visto, en punto á trajes originales, los grandes chales de cuadros rojos y negros de las mujeres, y sus sombreros de fieltro puntiagudos, iguales á los de los hombres.

Abierto ya el *gorsed*, leyóse en inglés y en galés la oracion del Eisteddfod, y se cantó un hermoso coro con acompañamiento de arpas.

La comitiva se encaminó luego al castillo al son de las trompetas, y entró en una espaciosa tienda dispuesta para contener de cuatro á cinco mil personas; estaba sostenida por muchas columnas, y en ella habia tres filas de asientos de diferentes precios, correspondientes á las diversas clases de la poblacion. Alrededor del recinto y en los mástiles del centro estaban suspendidos los escudos de armas de las naciones unidas de la Gran Bretaña, y muchas banderas, en una de las cuales se mostraban los *tres colores*, como las banderas francesa y holandesa. Por donde quiera serpenteaban guirnaldas de ramaje, entrelazadas con flores blancas y encarnadas. Las principales divisas que podian leerse en las banderas, eran: *Hebb ddwn, heb dim* (sin Dios no hay nada); *Dwn aphob duioni* (Dios es todo bien); *Mewn undeb mae nerth* (en la concordia reside la fuerza). Sobre un gran cuadrado negro se destacaba el emblema de los príncipes de Gales, esto es, la corona con tres plumas. En el fondo se alzaba un estrado, delante del cual se habian colocado seis bustos, que representaban la reina Victoria y algunos eminentes personajes de Gales. Gran número de los concurrentes estaba condecorado con cintas verdes y azules, que figuraban el puero galés, rival del cardo de Escocia y del trébol de Irlanda; aquí y allí, mas de una linda galesa ostentaba en su ceñidor el emblema bárdico de las tres espigas de trigo maduro.

Una compacta muchedumbre se apiñaba en la vasta tienda, en la que se hallaban reunidos nobles, hombres del estado llano, fabricantes, campesinos y obreros. Uno de los secretarios honorarios leyó al presidente un mensaje en que llamaron mi atencion las siguientes frases:

«El Eisteddfod es una de las instituciones literarias mas antiguas de que hay noticia. Tiene por objeto promover el desarrollo del talento natural, la elevacion del gusto y del carácter nacional, y ha contribuido á sacar de la oscuridad á la mayor parte de los hombres de talento que han sido la gloria del pais de Gales.»

Uno de los bardos presidentes se levantó entonces y dijo: «Durante esta sesion debe rehuirse todo asunto que pueda conducir á lamentables disensiones. No es posible que brote bien alguno de declamaciones violentas contra otras naciones (alusion á Inglaterra, como puede adivinarse). Cuando se construyó este

antiguo castillo reinaba una terrible enfermedad entre los ingleses y los galeses. Aquellos dias de combates han pasado, y las pasiones dominantes en aquel tiempo se han extinguido: ¡sepultémoslas para siempre!... Hoy solo formamos un solo pueblo. Vivimos bajo las mismas leyes, la misma bandera y el cetro de un mismo soberano. Digo pues, que todo aquel que escita el odio de los galeses contra los ingleses; no solo es enemigo de este *Eisteddfod*, sino enemigo de sí mismo y de su pais. ¡Y qué! direis, ¿no seremos patriotas y nacionales? Seámoslo tanto como querais, pero no ofendamos el patriotismo y la nacionalidad de los demás. Debemos recordar que este parlamento no es un púlpito religioso, ni una tribuna de whigs, de torys ó de radicales. Debe ser un certámen nacional, en que tenemos la libertad de manifestar el amor que á nuestro pais profesamos.»

Este discurso anglo-galés era poco conforme con las tradiciones de los antiguos Eisteddfods, enteramente consagrados á la gloria y á los recuerdos kymricos. En el mismo sentido fue pronunciado otro discurso. «Hase dicho sin razon que nosotros los galeses queriamos escluir el inglés para conservar nuestra lengua; creo que esto es un absurdo, porque hay ya mas galeses que se han mejorado por el inglés, que otros sin el conocimiento de este idioma.»

A medio dia se leyó el fallo de los bardos, acerca de muchos *englins* y otras composiciones poéticas enviadas al Eisteddfod; luego, un individuo de la asamblea tomó la palabra, y refirió que habiendo hablado el dia anterior con un bardo, y habiéndole dicho que no podia aprender el galés, él le habia respondido: «¡Cuán contrariado os vereis cuando vayais al cielo!» y le habia explicado con la mayor facilidad que se hablaba el kymri antes de la construccion de la torre de Babel, y que no podia dudar que Adan fue galés. En apoyo de esta pretension, una jóven galesa me dijo un dia en Llanover que no podia ponerse en duda este hecho, porque el primer hijo que tuvo Eva se llamaba Cain, pues Cahen (en galés) significa «tengo un hijo,» lo que probaba indudablemente, añadió la jóven, que la primera exclamacion de Eva fue en galés. Una tradicion casi igual á ésta existe entre los bretones.

El mismo orador manifestó que «habiendo algunos dias antes pasado la noche sobre el Snowdon, encontré allí ciento cincuenta obreros, labradores y mineros que habian acudido de las inmediaciones para contemplar el soberbio espectáculo que se despliega desde la cima de aquella montaña, y acaso tambien para conseguir el *awen* ó inspiracion bárdica prometida por la tradicion á todo el que pasa una noche sobre esta montaña santa...»

Uno de los rasgos mas distintivos de nuestro carácter nacional, dijo M. Brindle y Richards, es la afi-

cion á la música que se manifiesta de un modo entusiasta en todas las clases de nuestra sociedad. El deber de estimular la educación musical del pueblo forma, por consiguiente, parte de las más elevadas atribuciones del Eisteddfod. Este género de reunión ha sido duramente atacada. Hase dicho que tan solo servía para conservar tradiciones inútiles, una lengua sin literatura y una música digna únicamente de un pueblo medio civilizado. Se nos ha dicho que á pesar de todos nuestros esfuerzos, estas asambleas no han producido ni un Mozart, ni un Beethoven; pero esto

mismo puede decirse de Inglaterra, que no obstante sus progresos de todo género, no ha dado aun nacimiento á ningún compositor de genio, desde Purcell. Pero todos admiran nuestras melodías nacionales, llenas de originalidad, y cuya hábil composición causa mayor asombro si se trae á la memoria el tiempo á que se remontan. Haendel no solo ha admirado nuestra música, sino que la ha introducido en sus obras. Cuéntase que viajando una vez por Gales, se detuvo en casa de un calderero, que le cantó un aire acompañado por el martillo de sus operarios (como en



Cumbre del Snowdon.

el coro del *Trovatore*); y quedó de tal manera complacido, que á su vuelta compuso el *aire del Calderero*.»

Terminado este discurso, se abrió un certámen de arpa de pedal ó arpa ordinaria, y el *pencerdd* ó director de orquesta dijo que era lástima que no se diese, como en otro tiempo, un arpa en recompensa del mérito, porque el dinero solía ir á las cervecerías, al paso que el instrumento permanecía y obligaba á su poseedor á servirse de él.

Todavía se ve, en efecto, en el palacio de lord Mostyn el arpa de plata que esta familia tenía el derecho de regalar como premio al primer bardo de la *cátedra*, y cuyo número de cuerdas es igual al de las Musas.

A mi rededor ví unos *ariandlws*, condecoración bárdica que se regalaba antiguamente al mejor tañedor de arpa, que la llevaba en el pecho. Examiné de cerca una de estas condecoraciones. La corona que la rodea se parece á la de un príncipe de Gales;

supónese que perteneció en otro tiempo á un bardo real, natural de las inmediaciones de Gwedir, en el condado de Caermarthen. Este medallón es de plata dorada, y se cree que cuenta de fecha tres ó cuatro siglos: su lema se asemeja al de la república francesa, pues es *libertad, fuerza y fraternidad*: como se ve, falta la *igualdad*, que no existía en dicha época. Los *ariandlws* actuales tienen la misma forma que los antiguos, pero terminan con las tres plumas del príncipe de Gales, y tienen en lugar del arpa, una figura de rey ó de personaje eminente.

La concurrencia se separó á las cuatro de la tarde para volver á reunirse por la noche en un gran concierto. Un hecho singular advertí: aquella fue la vez primera que oí silbar en vez de aplaudir; de esto no me fue posible dudar, porque oí á una persona aplaudir calorosamente y pedir la repetición de un trozo, al mismo tiempo que de su boca salía un agudo silbido. Esta reunión musical terminó con un himno nacional, titulado *Hen wlad fy nhadau* (Antiguo país



El puente Aber-Glas-Lyn.

de mis padres). Uno de los cantantes empezó con una estrofa, y el estribillo fue repetido en coro por toda la concurrencia, compuesta de cuatro ó cinco mil personas. Los galeses cantan por instinto, como el pájaro, y tienen muy buen oído. Todos los que me rodeaban cantaban muy acompasadamente, y marchaban unísonos con un arreglo verdaderamente asombroso en gentes que probablemente jamás habían aprendido una nota de música. Aquel arranque general me sorprendió en extremo. Difícil sería conseguir el mismo resultado en Inglaterra ó en cualquiera otra parte. *El God save the Queen*, ejecutado luego por la banda de música militar, estuvo muy lejos de ser acogido como el himno nacional.

La segunda sesión del *Eisteddfod* se abrió como la primera, en la piedra del *Gorsed*, y se aplazó para el día siguiente la distribución de las recompensas entre los candidatos bárdicos.

En el discurso del presidente noté algunas palabras interesantes: «Mi discurso, dijo, se dirige más á los extranjeros que á los galeses. Hase dicho que los *Eisteddfods* eran una institución añeja que en nuestros días no responde ya á su objeto. Cierto es que debe aceptarse, con relación á los *Eisteddfods* la acusación de antigüedad; pero también es cierto que en la Gran Bretaña hay muchas instituciones de las que puede decirse lo mismo; por ejemplo, las dos cámaras del parlamento, que á pesar de sus sucesivas modificaciones, están aun llenas de vigor y fuerza. La cuestión, por lo tanto, se reduce á averiguar si los *Eisteddfods* pueden armonizarse con los tiempos modernos. Convencido estoy de que esto es muy posible. Los antiguos *Eisteddfods* no eran solamente un medio de instruir al pueblo, sino el único medio, pues reemplazaban la prensa, el correo y todo nuestro actual sistema de educación. Los progresos de la civilización han venido á modificar todo esto, pero la importancia de la enseñanza oral está todavía universalmente reconocida... y tal es, en mi concepto, la gran ventaja de estas reuniones, cuyo objeto es cultivar y difundir en todas las clases la afición á la ciencia, la literatura y las artes.»

Todas las naciones célticas se parecen en gustos y sentimientos, y existe gran semejanza entre sus melodías. Cuando la orquesta hubo ejecutado el hermoso aire galés *La marcha de los hombres de Harlech*, un breton llamado M. Terrien, hizo notar que la antigua Armórica tenía un aire casi igual, con el título *Guerre don Gwas Harlech*. Es probable que este aire haya pasado á Bretaña, como las tradiciones de Arturo y sus caballeros. No solo la *marcha de Harlech*, sino otras muchas melodías galesas se asemejan notablemente, á mi parecer, á las publicadas por M. de Villamarqué al fin de sus *Barzaz-Breiz*.

Los bustos colocados cerca del estrado habían sido

enviados por un galés llamado Davies, por lo cual se hizo su elogio, así como también el de otro escultor, Gibson, de quien se refiere el siguiente rasgo: Hallándose un día delante de la reina Victoria, ésta, equivocada respecto de su acento, le preguntó si era escocés.—«No, respondió Gibson; tengo el honor de ser galés.» Esta altiva respuesta trae á la memoria las palabras de aquellos bretones que paseando cierto día por París con sus trajes peculiares, y habiendo sido preguntados por un parisiense si eran franceses, le replicaron: «Somos bretones en Francia, y franceses en el extranjero.» Este mismo parece ser el modo de pensar de los galeses relativamente á Inglaterra.

Muchas veces ví en aquella asamblea levantarse algunos campesinos y leer poesías kimricas, algunas de las cuales constaban de dos á cuatro mil versos. Esta poesía tiene un carácter que hace casi imposible su traducción. Cantáronse también muchas veces esos duos poéticos llamados *penilion*; mientras el arpa ejecuta un aire, uno recita estos versos en un tono de melopea, y otro responde repitiendo una especie de variación sobre el mismo tema.

Las recompensas bárdicas eran entregadas por una dama, joven y bella. Cada feliz competidor iba á arrodillarse ante ella, para que le pasara por el cuello la cinta azul de la que pendía la correspondiente medalla.

En la mañana del tercer día, la asamblea se trasladó por última vez al círculo druídico, á fin de iniciar á los nuevos candidatos en los títulos bárdicos. Dos druidas subieron sobre la piedra del *dolmen*, y confrieron los grados. Dos mujeres fueron condecoradas con la cinta verde, signo distintivo de los ovates.

Según los antiguos reglamentos, había cuatro grados para la poesía y cinco para la música. El candidato al grado inferior estaba obligado (respecto de la poesía) á componer cinco piezas de versos ó *englyns* delante de *pencerdd* ó jefe del canto, que declaraba si estaba dotado del genio poético. El grado siguiente se alcanzaba presentando muestras de poesía en doce metros diferentes. El candidato admitido subía al rango de *dyscybl pencer ddiuid*, ó candidato para el grado de *pencerdd*. Si no se podía llegar á este tercer grado en tres años, se volvía al primero; pero si se lograba, se subía á *penbardd* ó *pencerdd*, jefe de la facultad en que se había sido candidato, ora fuese música ora poesía. Recibíase el *badge* del arpa de plata, que se llevaba al hombro. Un *pencerdd* podía retar á cualquiera al certámen poético, con tal que diese el aviso con un año y un día de anticipación. Si era vencido, el vencedor guardaba el premio durante toda su vida; pero debía presentarlo todos los años en el *Eisteddfod*.

En la música había cinco grados, que no se dife-

renciaban de los de la poesía sino en los dos más bajos.

Todo *pencerdd* tenía el derecho de tomar alumnos por cierto espacio de tiempo; pero un discípulo no estaba facultado para tener otro.

Ningun suceso importante, ya festividad pública, ya matrimonio, podía solemnizarse sin la presencia de los bardos y de los tañedores de arpa. Reinaba, pues, entre ellos la más noble emulación, y se concedían recompensas al más digno.

Pero volvamos al *Eisteddfod*. Uno de sus individuos pronunció un largo discurso, en el cual noté la siguiente historia, tomada, según dijo el narrador, de una fuente oficial: refiérese al modo con que Owen Tudor conservó su genealogía.

«Cuando Noé bogaba cerca del *Snowdon*, Owen Tudor lo llamó para que le metiese en su Arca; pero Noé le respondió que no tenía sitio disponible.

Al oír esto, Owen Tudor exclamó: «Por el amor de Dios, tomad por lo menos mi genealogía; y esto diciendo, la arrojó al Arca.»

Al concurso de poesía sucedió el de canto, y muchos grupos entonaron sucesivamente cantos muy hermosos. En uno de los últimos *Eisteddfods* se había ejecutado la canción de los bretones armoricanos y los galeses. Hé aquí la traducción:

CORO.

Un buque impelido por la tempestad ha llegado de una tierra apartada, á un puerto de Cambria.

LOS GALESES.

¡Estrangeros! Decidnos quiénes sois y de dónde venís.

LOS BRETONES.

Somos bretones de la Armórica, que venimos para visitaros, del otro lado del mar.

LOS GALESES.

Vuestra llegada es un acontecimiento venturoso. También nosotros somos bretones; nuestros abuelos eran los padres de los vuestros, y nuestras madres pertenecen á la misma raza.

CORO.

Entonces, hermanos, puesto que hoy hemos encontrado unos hermanos, cantemos la gloria de nuestros animosos padres.

TODA LA REUNION.

Cantemos á los que no temieron el semblante de César, cuando hacia temblar al mundo; á los que desafiaron á los Pictos y los Sajones, con nuestros reyes Arturo y Howel; á los que arrojaron de la Armórica la raza de los Francos, y durante mucho tiempo resis-

tieron con gloria al poderío normando. El breton de la Armórica vuelve á encontrar al Cambrio; la bandera negra se enlaza con la azul. Cantemos á los que há mil años pelearon por Dios, por nuestro país, nuestra libertad y nuestra lengua; á los que defendieron la patria hasta la muerte. El bardo lo ha cantado en su profecía: «¡El breton durará tanto como su Océano!»

EL BARDO.

¡Oh peñascos! Vosotros que nunca habeis conservado el eco de un sonido; ¡guardad el grito de triunfo!

¡Oh peñascos de Cambria, que domináis el mar, repetid el eco de la voz de un bardo de Bretaña. Repetid eternamente las heroicas acciones de nuestros abuelos. Si ellos los conociesen, sus corazones se llenarían de júbilo; si pudiesen morir otra vez, bendecirían á sus hijos queridos.

Terminados los coros, muchos candidatos recitaron poesías, una de las cuales tenía más de dos mil versos; otra (compuesta sobre *y Eir*, el ejército) valió á su feliz autor el gran premio y el honor de la cátedra bárdica. El venturoso bardo recibió la medalla (*ariandlws*) de manos de una dama, y fue instalado en el sillón bárdico. Dos bardos de primera clase fueron á buscar al vencedor, le hicieron sentar sobre el sillón adornado de festones y plantas siempre verdes (símbolos de la inmortalidad bárdica), y uno de ellos tendió sobre su cabeza la espada desnuda, que figuraba la lanza sangrienta sobre la cual los iniciados juraban en otro tiempo eterna guerra á los invasores germanos y sajones.

Infringiendo las tradiciones, el *Eisteddfod* debía durar cuatro días; pero casi nadie asistió á la última sesión, y esta innovación inglesa fracasó ante los recuerdos del pueblo.

Aproveché aquel día para visitar el castillo de Carnarvon, una de las hermosas ruinas del país de Gales. Está situado sobre una roca á orillas del mar; mas, por desgracia, las casas que lo rodean por muchas partes impiden abarcar de una ojeada todo su conjunto.

Las murallas tienen 7 pies de espesor y enlazan muchas torres que se comunican entre sí por una triple galería. La más alta y hermosa de las torres es la del Aguila, que terminaba antiguamente en una águila de piedra. Súbese hasta su vértice por un escalera de 158 escalones. Largo rato permanecí contemplando la hermosa vista que á mi derredor se estendía. En la parte baja de dicha torre me enseñaron una reducida habitación donde nació, según se dice, Eduardo II, primer príncipe de Gales, de sangre extranjera. Cuando Eduardo I, su padre, se apoderó del país de Gales, el distrito de Snowdon fue el que más resistencia opuso; por esto construyó, para